

que la propensión —hoy frecuente— a publicitar pronósticos sesgados con objeto de influir en futuros cursos de acción sea privativa de ningún tipo de experto en particular (160).

Las últimas páginas desgranar distintas virtudes que, a juicio de nuestro autor, se derivan de una estrategia de «gobernanza precipitatoria». Entre ellas, su proactividad, fomento de la innovación, ensanchamiento del marco mental necesario para promulgar leyes adecuadas, etc. Por último, llama a promover el cultivo de la igualdad de oportunidades para las generaciones venideras y el desarrollo amplio de las potencialidades humanas (180).

El libro nos propone un itinerario erudito e interesante. Albergó dudas, sin embargo, de que consiga apuntalar en la mente de los lectores la «utopía posverdadera» que mencioné en el encabezamiento de esta reseña. Y difícilmente puede despejar la persistente incógnita que plantean nuestras pretensiones de verdad (también las de Fuller).

**McINTYRE, Lee (2018). *Posverdad* (traducción de Lucas Álvarez). Madrid: Cátedra.**

RESEÑA POR LUCIA BALLESTEROS-AGUAYO

«Decir, en efecto, que el Ente no es  
o que el No-ente es, es falso,  
y decir que el Ente es  
y que el No-ente no es, es verdadero».

ARISTÓTELES, *Metafísica*, IV, 7, 1011b25

El libro *Posverdad* de Lee McIntyre es la traducción al español de *Post-Truth* de MIT Press (Massachusetts, EE. UU.). Editado

por Cátedra (Madrid, España) en su primera edición en español de 2018 y traducido por Lucas Álvarez Canga, propone un abordaje multidisciplinar de uno de los fenómenos más inquietantes en la actualidad: el problema de la posverdad. Así, para el filósofo de la Universidad de Harvard no se trata de un asunto que afecta exclusivamente a la esfera de lo filosófico ni al discurso político o a los flujos comunicativos, sino que confluyen en él diversos elementos que se han ido fraguando desde finales del siglo xx.

Dividida en siete capítulos de 190 páginas, la obra de McIntyre viene precedida en su versión en español por la presentación de Luis M. Valdés del Departamento de Filosofía de la Universidad de Oviedo (España) quien pone de relieve la importancia del concepto de la posverdad como un fenómeno nuevo y grave que ha adquirido relevancia sobre todo a partir del año 2016, de ahí la necesidad de aportar estrategias para hacerle frente.

Precisamente uno de los aciertos del autor de *Posverdad* radica en señalar que para explicar procesos complejos se vale de explicaciones complejas instaladas no en la instantaneidad del momento, sino en la perspectiva histórica necesaria para la reflexión meditada que permita alcanzar resultados concluyentes. De manera que las causas del fenómeno posverdadero, lejos de enmarcarse en sucesos recientes como el Brexit o la victoria de Trump, lejos de responder al impacto de las redes sociales en el contexto comunicativo con la aparición de Facebook en 2004 o Twitter en 2007 o a la creciente espectacularización de los contenidos, formatos y formas (Debord, 1976), atiende más bien a un malestar interno y profundo en nuestra sociedad que se ha venido gestando al menos desde la década de los 90 con movimientos como el negacionismo científico que pretendía «desacreditar» los resultados de la ciencia para poner en duda las

«evidencias empíricas» en favor de las creencias (lo que Stephen Colbert denominó en 2005 *«truthiness»*).

En el primer capítulo con el título «¿Qué es la posverdad?» McIntyre pretende acotar el término diferenciándolo de otros conceptos que habitualmente se utilizan de manera errónea para referirse a la posverdad en una suerte de campo semántico en el que todas las expresiones parecen aludir a lo mismo sin que en realidad lo sea, quitaría los paréntesis como es el caso de la propaganda o la mentira. Así pues, en un primer estadio urge saber a qué nos estamos refiriendo cuando hablamos de posverdad.

McIntyre destaca en el capítulo segundo «La negación de la ciencia como hoja de ruta para entender la posverdad», las «investigaciones adicionales» impulsadas por las compañías tabacaleras en EE. UU. en los años 50 para contrarrestar las conexiones concluyentes que aportaba la ciencia entre los cigarrillos y el cáncer. El objetivo era «encontrar y financiar a expertos propios, usarlos para sugerir a los medios de comunicación que hay dos partes de la misma historia, impulsar nuestra posición a través de las relaciones públicas y la presión gubernamental, y aprovecharse de la confusión pública resultante para cuestionar cualquier tipo de resultado científico que se quiera poner en duda». Así pues, la estrategia pretendía actuar sobre el «ciudadano medio» pero también sobre los medios de comunicación y las instancias políticas. La posverdad no es una cuestión únicamente política, sino que para McIntyre se trata más bien de una lucha por el poder, por el control de la ciudadanía, esto es, la idea de que la verdad «está siendo desafiada en cuanto que mecanismo para favorecer la dominación política».

El tercer capítulo titulado «Las raíces del sesgo cognitivo» aborda los rasgos psicológicos de la posverdad. En él se evidencia la influencia de teorías como la disonancia cognitiva im-

pulsada por Leon Festinger en la década de los 50, o el sesgo de confirmación que introdujo Peter Cathcart Wason diez años más tarde en la configuración de la sociedad posverdadera. Esto es, pone de manifiesto la influencia de nuestras creencias y de la presión social, que puede incluso inducirnos a descartar «la evidencia de nuestros propios sentidos si pensamos que nuestras creencias no están en armonía con las que nos rodean». Especialmente preocupante resultan para el ejercicio periodístico el «efecto de repetición» y la «amnesia de la fuente». Todo ello conduce a la «tendencia irracional de acomodar nuestras creencias a nuestros sentimientos, más que al revés». Como consecuencia, interpretamos la información como confirmación de nuestras creencias preexistentes.

Estos mecanismos a nivel psicológico se amplifican en los medios de comunicación a los que tradicionalmente se les ha atribuido entre otras funciones la de ser agentes de socialización y vigilantes de la actuación política. En definitiva, la prensa como cuarto poder representa uno de los pilares básicos de nuestros sistemas democráticos. Pues bien, McIntyre sitúa en el contexto comunicativo de los años 90 el problema del «sesgo mediático», especialmente a raíz de la multiplicación en esa época de los programas de noticias en televisión, y de la cobertura «objetiva» de los debates electorales. Aquí justamente nace el cuestionamiento de la objetividad de la prensa, a la que esta reacciona presentando «equivalencias falsas» dando lugar en muchos casos a lo que conocemos como «hechos alternativos». En contraposición a estas prácticas coincidimos con McIntyre en que «la meta de la objetividad no es otorgar un tiempo equitativo entre la verdad y la falsedad: es facilitar el desarrollo de la verdad».

La trascendencia de los medios de comunicación en la configuración del fenómeno posverdadero se pone de relieve en la

misma estructura capitular del libro. McIntyre dedica dos capítulos al «problema comunicativo» en torno a la posverdad. No en vano, nociones como *fake news*, desinformación, propaganda, noticias falsas o hechos alternativos están estrechamente relacionadas con este fenómeno. Así el capítulo cuarto «El declive de los medios de comunicación tradicionales» y el capítulo quinto «El auge de las redes sociales y el problema de las noticias falsas» subrayan las implicaciones de la actividad comunicativa en los mecanismos posverdaderos.

Resulta cuanto menos elocuente el título del capítulo cuarto pues ya anticipa el deterioro de los medios de comunicación tradicionales a finales del siglo xx. La pérdida de lectores, la disminución de la financiación y de la inversión en publicidad, la aparición de nuevos formatos digitales que imponían una «nueva forma de hacer periodismo», la creciente competencia, la premura, la instantaneidad que exige la sociedad de la información en red, la revelación de escándalos sobre datos y noticias «fabricadas» por periodistas y medios, los ataques a la prensa de determinados sectores políticos y económicos —habitualmente con intereses partidistas—, son algunos de los condicionamientos que según McIntyre socavaron la credibilidad de la «prensa de prestigio» y del periodismo de calidad. El resultado fue la desaparición, en parte, de esos referentes necesarios o filtros periodísticos que garantizaban, por ejemplo, el «control editorial» sobre lo que se presentaba como noticia, así como la puesta en práctica de la deontología periodística en el ejercicio profesional, y como consecuencia, la existencia de una opinión pública libre. Ante la falta de estos resortes la ciudadanía quedaba expuesta, pues, a una situación amenazada por la incertidumbre respecto a lo que es verdad y lo que es mentira, cuáles son las fuentes fiables y cuáles no, o qué es información y qué es opinión.

McIntyre lo resume de forma clarividente: «los guardianes de los valores tradicionales del periodismo se encuentran estos días en una especie de situación sin salida».

A las implicaciones de los medios de comunicación en el fenómeno posverdadero se suma la responsabilidad de la actuación de determinados dirigentes políticos no solo en EE. UU., sino también de líderes populistas en países como Hungría, Rusia y Turquía que responden a la «moda internacional» de intentar «deformar la realidad para que así encaje con sus opiniones». Esto es, sostienen que la verdad es «interpretable», «valorativa» o simplemente que no existe, porque «los hechos están subordinados a nuestro punto de vista político». Esta forma de supeditar los hechos a los sentimientos (tal y como recoge la definición de posverdad del diccionario Oxford) se interpreta como «supremacía ideológica» porque pretende «obligar a alguien a que crea algo, tanto si hay evidencia a favor como si no».

Concretamente el capítulo sexto «¿Condujo el posmodernismo a la posverdad?» aborda la participación de ciertas corrientes de pensamiento contemporáneo de izquierdas integradas en el posmodernismo a las que McIntyre responsabiliza de haber suprimido el concepto de verdad y de haber legitimado la subordinación de los hechos a la interpretación subjetiva. Según estas tendencias, decir que algo es verdadero es utilizar la verdad como *instrumento* de poder (*acto de autoridad*). El resultado es un cuestionamiento de todo, incluso de la existencia de la verdad misma. Son esclarecedores los ejemplos a los que alude la obra sobre esta práctica basada en «combatir la ciencia» y afirmar que «la verdad es incierta» (es el caso de la lluvia ácida o del cambio climático).

La actual crisis del modelo de negocio de la prensa, la precarización de las condiciones laborales de los profesionales del periodismo, la proliferación de mecanismos posverdaderos rela-

cionados con la desinformación, el impacto de la digitalización en las rutinas profesionales de los periodistas, la influencia de los bots en los flujos comunicativos y de otros mecanismos de manipulación, la incidencia de la aparición de las RR. SS. en la praxis periodística, entre otros asuntos, parecen conducir a la desaparición de la prensa y al sentimiento de que no se puede hacer nada para evitarlo. McIntyre provee en el último capítulo «Combatir la posverdad» una serie de soluciones —en forma, más bien, de buenas intenciones— para evitar esta situación de punto muerto.

Partiendo de la idea de que los hechos sobre la realidad solo se pueden negar durante un tiempo, el autor sugiere como solución profundizar en la repetición de los hechos verdaderos, pues existe una «inflexión emocional por la que los votantes no son inmunes a la refutación que proporciona la información». De igual modo subraya la involucración de cada individuo en la lucha contra la posverdad porque «cuando un asunto nos importa, somos capaces de resolver nuestras disonancias cognitivas rechazando nuestras creencias ideológicas antes que los hechos». El impulso del pensamiento crítico a través de la educación también es clave para contrarrestar la posverdad, junto con el fortalecimiento de unos medios de comunicación implicados en la generación de imaginarios colectivos y comprometidos con la verdad por mor de la deontología periodística. En resumen, «la posverdad no tiene que ver con la realidad: tiene que ver con cómo los humanos *reaccionamos* ante la realidad».

De manera que través de una perspectiva multidisciplinar concluye que el problema no solo atañe a la filosofía —a pesar de que McIntyre sitúa al posmodernismo filosófico entre una de sus causas—, más bien representa un desafío sobre la existencia de la realidad misma, un problema sistémico de nuestra sociedad

porque «cuando llegamos a estar desvinculados de la verdad nos desvinculamos de la realidad». Por tanto, la posverdad tiene importantes implicaciones tanto en el ámbito político como en el comunicativo, e incluso en el plano histórico y en el psicológico. Así, según el autor, lo primero que debemos afrontar para aportar una solución es conocer su génesis.

En suma, se trata de una obra que aborda uno de los problemas más acuciantes en nuestra sociedad y de mayor preocupación para la opinión pública. Los efectos de la posverdad se multiplican en la esfera comunicativa multimodal, multifactorial, deslocalizada, sobresaturada informativamente y mediada digitalmente. *Posverdad* constituye una obra de referencia para aquellos que quieran aproximarse al fenómeno de manera integral y a través de su perspectiva histórica (erróneamente se suele presuponer que es un problema reciente y actual).

Entre sus fortalezas está el interesante enfoque multidisciplinar del que le dota McIntyre, el cual queda patente ya en la propia estructura capitular. De manera que lejos de constituir un manual sobre cómo luchar contra la posverdad o una reflexión filosófica y/o especializada, representa una propuesta acerca de las raíces de un proceso complejo, su desarrollo a lo largo del siglo xx y principios del XXI y sus implicaciones en distintos ámbitos del saber para terminar en el cuestionamiento del saber en su conjunto.

Entre los puntos débiles del análisis podemos señalar la visión en cierta medida utópica del autor sobre el futuro, así como la debilidad que entrañan las soluciones aportadas (en su mayoría constituyen buenas intenciones con pocas posibilidades de materializarse). Es preciso establecer estrategias eficientes y eficaces para hacer frente a uno de los mayores retos de la sociedad venidera, pero también hacerlo desde una perspectiva realista

que permita llevar a la práctica las propuestas de mejora. *Posverdad* supone una sugerente lectura para aproximarnos a uno de los «asuntos públicos» que no solo debe estar en la parrilla de los medios, sino que debe convertirse en una prioridad para el ciudadano medio que aspira a un futuro más libre y democrático.

**D'ANCONA, Matthew (2019). *Posverdad. La nueva guerra contra la verdad y cómo combatirla*. Madrid: Alianza.**

RESEÑA POR MANUEL BERMÚDEZ VÁZQUEZ

Matthew d'Ancona es un periodista y como tal aborda el problema de la posverdad en este libro que fue de los primeros en salir con ese título. Evidentemente, el autor vio que las raíces del problema del que se ocupa en el libro eran bastante profundas y no se queda en la superficie del análisis, sino que incluso se atreve a navegar por las procelosas aguas de la filosofía posmoderna como precursora de la era de la posverdad. El libro presenta, en cinco capítulos, un análisis válido del fenómeno de la posverdad, ese concepto que viene a significar que un ciudadano cualquiera acepta creer que algo es verdad porque encaja antes con sus prejuicios y expectativas antes que con la realidad. En este sentido hay que entender la publicación del libro *Posverdad. La nueva guerra contra la verdad y cómo combatirla*. Si se persigue una aproximación más filosófica, más detenida o de mayor enjundia, quizá esta no es la obra que habría que mencionar. Sin embargo, ello no es óbice para que se puedan leer estas páginas y se comprenda en mejor medida el proceso por el cual la posverdad va invadiendo, paulatinamente, cada vez mayores parcelas de nuestra sociedad. Además, como denuncia del fenómeno, el libro de d'Ancona es más que sobresaliente.